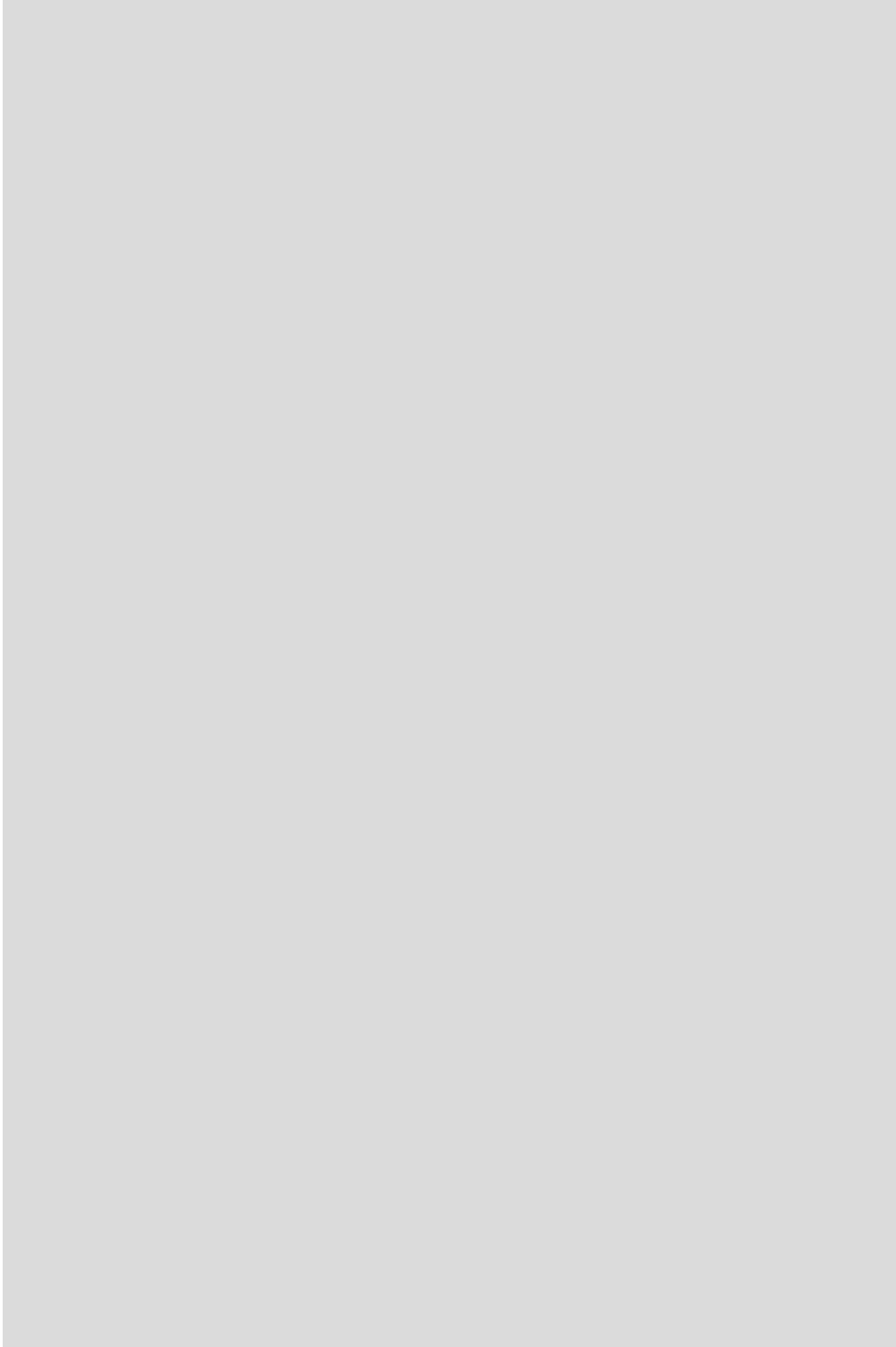


burdel13

compay1



Capítulo 1 Todo comenzó cuando el zurdo Grajales dijo, mirando directamente a mis ojos: y... ¿quién le pone el cascabel al gato? Tenía razón, porque hasta el momento se había intentado un sinnúmero de recursos para rescatar, de las fauces de la bestia, el balón de fútbol que había caído en la casa enrejada. La casa era habitada por un fraile franciscano de malas pulgas, y como no conocíamos su nombre, lo llamábamos tío barbas en clara alusión a sus largas y mal cuidadas barbas. El franciscano salía temprano y regresaba en las primeras horas de la noche, confiando en la seguridad que le proporcionaba el mastín tibetano de color amarillo que tenía como mascota. Tío barbas dejaba la puerta de atrás sin cerrar, y como la casa enrejada tenía un pasillo exterior, la fiera tibetana se paseaba por toda la casa y al menor ruido se lanzaba a la caza del intruso. En el florido antejardín yacían cometas, canicas, pelotas, y últimamente, el balón de fútbol que le habían regalado a Luis Rey en la última navidad. Para nuestra fortuna el franciscano no se encontraba en la casa ese domingo; ventaja que aprovechamos para hacer varios intentos en pos de recuperar la valiosa pieza. La fiera tibetana siempre se interpuso en nuestras intenciones. El tiempo se agotaba y era cada vez más frecuente, en nuestras mentes, la imagen del balón cortado en gajos como una naranja.

A las tres de la tarde nos sentamos, exhaustos y vencidos en el andén del otro lado de la calle, y fue cuando lo vimos doblar la esquina como una aparición. Caminaba sin premura, nos recorrió de arriba abajo con la mirada y por entre la maraña de pelos del mostacho asomó la sonrisa más cruel que recuerde. Entró y el mastín era una fiesta con su amo, llegó a la segunda puerta, buscó entre sus ropas, y el último segundo de esperanza se esfumó cuando lo vimos coger por el pasillo exterior en donde se encontraba el balón. Nos

alistamos para presenciar el sacrificio. Levantó con maestría el balón con el empeine del pie derecho, lo hizo subir y bajar varias veces, después lo cogió en la mano y dijo:

– ¡Hey! Chavales, ¿jugáis al fútbol?

A partir de ese día el fraile español Daniel Fernández y Lucas, el mastín tibetano, fueron parte del equipo de fútbol. El fraile fue nuestro primer entrenador. ¡Cómo olvidarlo!

Capítulo 2 Llegaste como llegan las malas noticias. De sopetón. Los viejos fueron los primeros en sospechar de tu labia de riquito nuevo y nosotras sentimos al verte el miedo que escaló por la espina, se alojó en la base de la nuca y nos costó dificultad amortiguar tal sensación. Hace rato, los otros estaban en tu bolsillo desde la primera vez que llegaste al pueblo en el auto de modelo reciente y recorriste las calles empedradas de muertes frescas, acompañado del séquito de envalentonados a sueldo y detrás de éstos una montonera de aduladores que terminaron siendo unos físicos lava-perros.

Llegaste con la seguridad de conocer el poder del dinero y el efecto que causa en la gente. Días enteros atendías muchedumbres en la casona fortificada construida para tu santa madre Satura, para que no le faltara un techo donde pasar los últimos días de su clara existencia. Llegaban y no había problema que no pudieras solucionar: un favorcito para pagar los servicios, esta formulita necesaria para mi hijo que tiene tosferina, el amigo de infancia pintor de carros que pedía con vergüenza de pobre un compresor de lo más barato para rebuscarse el billete. Regresaban a la semana siguiente con los argumentos cambiados y a sabiendas de que abusaban de tu buen corazón, seguías pagando las necesidades trocadas y todo esto lo sé como lo saben las otras, porque eran palabras salidas de tu propia boca después de joder toda la noche y terminar pidiendo que te dijéramos al oído, ¡Qué buen catre es usted, Tocayo de nuestros desvelos! Luego te echabas para el rincón, dabas la espalda para que reventáramos los barrotes del tamaño de pepas de mamoncillo que tanto te molestaban y en confidencia con nosotras, decías: la gente me cree pendejo pero más pendejos son ellos por creer que hago un bien

cuando en verdad estoy haciendo un mal, porque es tanta la alcahuetería fomentada que el día que muera y no tengan quién les pague sus necesidades de mierda, ahí se van a dar cuenta que yo era el último de los mohicanos.

Creíste deslumbrar a los viejos con tu verborrea de fantoche, con poses de hombre importante y pensaste que los tenías en la mano cuando en verdad sólo esperaban que dieras la espalda y salieras con tu figura atiborrada de luces, sonidos de celulares y beeper, como un carrusel ambulante, para que ellos se codearan y dijeran entre murmullos de encías sin dientes: mira en lo que quedó el hijo de la Saturia, creyendo en pajaritos preñados. Ahí fue cuando por primera vez nos vimos las caras y se nos pegó el miedo en el espinazo, sintiendo que nos habías conquistado con tu carcajada de trueno repentino o el resplandor de tu presencia, cuando la purísima verdad, lo que nos trastornó fue el poder del dinero que con una orden tuya celebraba la Navidad en el mes de julio, realizaba cabalgatas cada ocho días por los caminos empedrados de muertes recientes. Desviaste el curso del río para tener a la mano el Charco del Pajarito y poder disfrutar los recuerdos de tu pobre niñez cuando ibas en horas de escuela a bañarte y a pescar sardinas. Llegabas al baile de cuota haciéndolo cerrar y ordenando gozar a puerta trancada la música de tu gusto y quien no esté de acuerdo que desocupe el amarradero y a todo el mundo lo tramabas porque era muy honroso bailar al lado y con la música del duro.

La noche del sábado perdimos la vergüenza y se resbaló la poca dignidad que teníamos, el miedo terminó por estrangularnos. Le metiste dos plomazos a Lázaro, el discjockey del Picapiedra, gritaste a todo

pulmón: a este Lázaro no lo resucita ni el putas y soltaste la carcajada de trueno repentino que quedó vagando a lo largo y ancho del Camino Real.

Después de tu muerte, nos dimos cuenta de que tu fin comenzó el día que citaste al santero de Panamá, que llegó en vuelo expreso a la casona fortificada construida a tu santa madre Saturia. Diste la orden de lanzar los caracoles y los caracoles lo dijeron tan claro como el canto del gallo: Ojo patrón con una mujer que le va a traer dolores de cabeza. Con el vozarrón del poder, contestaste que los caracoles se equivocaban porque a Tocayo, el enterrador de la comarca, el único dolor de cabeza que sufría era desconocer el comportamiento de los santos para los próximos días, fecha del siguiente cruce. Con un madrazo lo despachaste de vuelta a Panamá, sin darle la oportunidad de enmendar el error de los caracoles, y preciso, a la semana siguiente llegó al pueblo la Negraclara, la mujer más preciosa que nuestros ojos hayan visto, una verdadera hembra, por la cual botó la baba el responsable de nuestro miedo. Hiciste lo habido y por haber para cortejarla, para que al menos te ofreciera una sonrisa y ella, muy solícita, te ganó de entrada susurrando al oído las mismas mentiras dichas por nosotras.

En ese momento se desencadenaron las desgracias que no atendiste de labios del santero porque la Negraclara valiéndose de toda la argucia de hembra te puso a comer de la mano como lo había hecho con los duros de la capital y tú, Tocayo, sólo necesitabas que ella suspirara para que sus caprichos fueran colmados. Nos cambió la vida a todos, a ella porque a partir de ese momento fue la consentida del duro reduro, por consiguiente la hacías acompañar del ejército de envalentonados a sueldo, tú, Tocayo, en donde la

encontrabas la acosabas con halagos, le enviabas todos los días un ramo de rosas rojas. El día de su cumpleaños trajiste desde la misma plaza Garibaldi los mejores mariachis a cantar las mañanitas del rey David, prometiéndole el oro y el moro a cambio de la perenne compañía, mire negrita de mi corazón por usted soy capaz de despeñar la Piedra de Panduro a punta de barretón, mando aplanar la Loma de la Cruz, o lo más verraco mando a empedrar el Camino Real con piedras de la época de los Virreyes, es más, cambio todo este traqueteo de mierda que lo único que me ha dejado es una larga lista de concubinas, y otra más larga de aduladores de ocasión por un negocio decente y autorizado por la Constitución, de la misma forma como te lo oímos decir nosotras y de seguro lo seguirías diciendo siempre.

La Negraclara no comió de ésa y una noche de tormenta en seco se fue por donde había llegado, tormenta que sacudió los cimientos de la casa fortificada, por ser la noche que comprendiste tarde el error cometido con el santero de Panamá cuando te cantó la zona con la hembra que nombraban los caracoles y tú, Tocayo, caíste en la trampa tendida por los federales en complicidad con los tombos locales en la hacienda de Ginebra donde te pillaron con el estómago lleno del sancocho que tanto te gustaba y tú, Tocayo, siguiendo al pie de la letra el libreto aprendido desde joven, te diste candela con la ley. A nosotras nos dio la oportunidad de seguir viviendo sin este miedo estrangulador, devueltas a la dignidad que tú, nos habías quitado desde el momento que te vimos por primera vez con todos tus adornos y la carcajada de trueno repentino, para terminar todas siendo tus concubinas, amigas entrañables, y mira no más hoy, el día de tu entierro, disfrutamos del jolgorio más grande

que se ha organizado con los mariachis importados,
con la certeza que al enterrarte, también lo hacemos
con nuestras penas, en la satisfacción de haberte visto
convencido de que eras el último de los mohicanos,
cuando en verdad sólo fuiste un indio patizambo más,
en este país del júbilo inmortal.

Capítulo 3 Todo comenzó la tarde cuando me detuve para leer lo que habían puesto en el poste. Era la fotografía de un hombre joven, el cabello peinado como lo llevan los jóvenes hoy, las cejas tímidamente depiladas, labios gruesos, barbilla hendida. Por el saco y corbata es la clásica fotografía de la cédula. No es un aspirante a cargo público, no es un *Se Busca* que abunda en estos días. El joven de la foto, es un desaparecido.

Me llama la atención que es el primer aviso de un desaparecido. La reflexión es válida porque en el barrio nunca he visto ese tipo de avisos, en donde si los he visto a diario es en los muros de las antiguas casa, postes, en el centro de la ciudad. Me anima la curiosidad de leer lo que en ellos dice, en unos se ofrecen préstamos en las más favorable condiciones, en otros se llega a ofrecer el servicio de sexo a domicilio. La peor época para detenerme a leer los carteles, son los días electorales.

Como el poste está sembrado a un lado de la casa siempre me tropiezo con la mirada fija en el vacío de Juan, el joven de la foto. Entonces pienso en su familia. Padres y hermanos, amigos, que creen verlo entran de nuevo en sus vidas y debo de aceptar la realidad de un Estado que no vela por la seguridad de las personas. Es una ignominia.

En los siguientes días el poste se llena de más carteles, para mi sorpresa, han tenido la precaución de no cubrir el rostro de Juan. Los han pegado a su alrededor y la fotografía de Juan sobrevive indemne entre una mar de imágenes inconexas. Enseguida me tranquilizo pues eso permite que la fotografía de Juan sobreviva unos días más, y así logre que alguien lo reconozca, para conocer

su paradero.

No sé cuando se presentó el primer atentado de los insensatos, recuerdo sí como comenzó, o mejor, *en donde* comenzó. Fue en una de sus orejas, el papel fue rasgado hasta la altura del hombro derecho, entonces rápidamente encontré una solución. Tomé un papel y dibujé una oreja –tal vez igual a la otra– y se la coloque en donde hacía falta. Después una fina rasgadura cruzó su rostro, y yo, de inmediato repetí la operación.

El ejercicio de rasgar y de nuevo pegar se repitió varios días hasta cuando el rostro de Juan quedo irreconocible, como si su destino fuera desaparecer.

Finalmente entendí que a través de aquel bien intencionado y *siniestro* ejercicio, yo le había sumado más olvido a Juan.

A partir de ese día jamás volví a detenerme en el poste.

Capítulo 4 Fue un beso furtivo. Creo que yo estaba más nervioso, traté de huir pero ella me retuvo. De nuevo nos besamos, las lenguas se agitaron tímidamente. Eran dos serpientes que despertaban para no dormirse jamás. Como ella era dos palmos más alta suplí la diferencia con dos ladrillos, la solté de la mano para rodearle el talle. La encajé a mi cuerpo. Una corriente eléctrica me cruzó, flotaba, no oí pájaros, pero sí a mi corazón que bombea a mil. No sé cuánto duró, fue maravilloso, como si naciera de nuevo. Ella se separó empujándome, entonces bajé en picada y mientras me daba contra el suelo, oí su voz.

-¡Así no, cochino!

Capítulo 5
Recuerdo que tras salvar los algodones estaba la casa de tía Lina. La casa era pequeña, acogedora, en la parte de atrás estaba el río de aguas diáfanas que corría protegido por la sombra de los guaduales. Me sumergía con apenas quitarme la ropa.

La claridad del agua permitía ver como los peces mordían los dedos de los pies y después huían cuando trataba de atraparlos con las manos. A las doce en punto, veía a tía Lina agitar el delantal en señal de que era la hora de almorzar. Impaciente por el apetito veía desfilar las ricas viandas: Sopa de cuscús, arroz blanco, tajadas de plátano maduro, tiras de carne ahumada y de sobremesa, el vaso de leche con la nata espesa, cremosa, que extraía con las tajadas o con los dedos, como último recurso.

Más tarde me tendía en el piso de la sala y disfrutaba de la leve brisa que mitigaba un tanto el calor del día, me arrullaba el canto monótono y estridente de la cigarra, el trino armónico de canarios, turpiales. Sin darme cuenta caía en el letargo de la siesta.

En la noche salía a cazar cocuyos.

Capítulo 6– ¡Alex!, ¡Alex! – El joven busca una mejor posición en el taburete, sin prestar atención a las palabras. Arquea en varias oportunidades la visera de la gorra de los yanquis de Nueva York y continúa sentado. La brisa se desliza entre las lomas y amaina un tanto el calor del día. Es la mejor hora para salir. Se hunde más la visera, a la altura de los ojos, mientras sigue con atención el ruido que crece.

– Es una moto –dice Alex, dirigiendo la mirada al cruce de calles. Ve pasar un conocido, se tranquiliza.

– ¿Estás sordo?

– No, vieja – se sorprende al escuchar cerca a su madre.

– ¿Por qué no respondes? – sin esperar respuesta, la madre sigue de largo mientras se seca las manos en el delantal.

Alex la sigue con la mirada, se levanta, y arquea de nuevo la visera mientras pasea la mirada por la cuadra para cerciorarse de que no corre peligro; enciende el cigarrillo que minutos antes llevaba enganchado en su oreja, le da una gran calada y deja escapar los anillos de humo sin esfuerzo. A lo lejos distingue un punto que poco a poco toma forma, es un hombre en una moto que se acerca. Siempre ha pensado que un hombre en una moto es un solo cuerpo, un centauro. Reconoce a Darío.

– ¡Qué hubo, paisano! – Darío cruza un saludo con Alex.

– ¿Qué logró averiguar?

– Tranquilo – Darío se acomoda en el sillín.

– Sí, el hombre salió. Los muchachos de arriba dicen que el lunes, los de Pablo que ayer, de todos modos el hombrecito anda por ahí.

Alex levanta la visera, lejos lanza la brasa que consumía el filtro. Ha quemado la última posibilidad, la cual descarta un rumor. La confirmación lo deja con la única alternativa que posee. Había anticipado ese momento. En anteriores días la posibilidad de que aquel hombre saliera de la cárcel le daba vueltas en la cabeza, y en la cama, en la noche, volteaba de un lado a otro sin poder conciliar el sueño. En mitad de las imágenes sentía una angustia que le cortaba la respiración y debía afanosamente buscar el vaso de agua para calmarse. En los últimos días es objeto de un mal genio que ni él soporta, motivo suficiente para no salir a reunirse con el grupo. Ahora había que sumarle la precaución, pues la culebra andaba suelta.

– ¿Dónde se encuentra?

– No tiene lugar fijo, pero no se preocupe, mejor traiga el parqués y jugamos una partida – Darío baja de la moto, en cuclillas espera la respuesta de Alex.

– Ahora no. La cabeza no me da para eso, mejor encienda la grabadora.

Las primeras luces públicas parpadean, Alex distingue en la penumbra el último vestigio de la cruz del cerro, deduce que pronto serán las siete. “Los Rodríguez” llenan la noche... ..

Alex enciende un nuevo cigarrillo. Por la cuadra del barrio los niños semidesnudos corretean de un lado al otro. Alegría que se repite de generación en generación, cuando la nostalgia se enquistada, la única forma de soltarla es con la fuerza de un trago de aguardiente. Las primeras mujeres se reúnen para chismorrear la última noticia. La calle se transforma. Las noches son una algarabía de voces cruzadas. Le agrada el bullicio pero hoy no está para esos devaneos... .

– ¿Tiene papel? – dice Darío y le entrega una bola de marihuana.

Alex indica el lugar con un gesto de los labios.

– No se preocupe paisano, por ahora lo invito a un buen cigarrillo.

Alex, apoyado en la moto, se deja llevar por la melodía mientras sus dedos destrozan la yerba, siempre atento a lo que ocurre en la calle. Termina de pulverizarla cediéndola con cuidado a Darío quien, con pericia, fabrica el cigarrillo.

– Ahora paisano, lo invito a disfrutar este bocado – sentencia Darío montado en la moto.

– No lo prenda aquí.

– Tranquilo, reconozco en usted un malevo con cierta decencia.

Salen disparados por entre el bullicio dejando a “los Rodríguez” a la deriva... ..

– ¡Paisano!, ¡Paisano! – grita Darío entrando como torbellino en el cuarto de Alex, quien aún entre la niebla del sueño no contesta y opta por cambiar de posición para continuar amodorrado. La noche ha sido larga. Despertó sobresaltado en varias ocasiones, amasar el buen sueño fue imposible, ni una pastilla de las bravas sirvió para hacerlo caer fundido como deseaba. Inicia el día tensionado, con desasosiego y una terrible sensación de no saber qué hacer. Cuando estaba a punto de reparar en algo el mal dormir, llega Darío, mandando todo al carajo.

– Mire, Alex, la noticia es buena – Darío busca acomodo en el filo de la cama.

– El hombre ha preguntado por usted y ha dicho que se cuide.

– ¿Qué tiene de buena? – Alex hace una pausa – ¿dónde lo vieron?

– Por los lados de la Plaza de la Revolución.

El último vestigio de café reposa en la coladera, Alex vierte agua suficiente y espera que salga la tinta por el rabo de la teñida tela. Luego sirve dos tazas. Darío espera recostado al marco de la puerta.

– ¿Qué piensa hacer?

– Lo que tuve que hacer en su momento – Alex toma en sorbos cortos y fuertes el contenido de la taza. No puede desconocer que tiene miedo, pero sobre todo piensa en su madre. ¿Qué será de ella si algo le pasa? Debe ser cuidadoso, no se perdonaría que a ella le pasara algo, pues conoce de primera mano cómo

actúan esa clase de alimañas, lo mejor que puede hacer es salir a enfrentarlo antes que él actúe.

– ¿Cómo está la moto? – pregunta *Alex*.

– La nena está como un fósforo, hoy se fue de cambio de frenos, mantenimiento, ella siempre responde – Darío bebe el último sorbo de café.

– Después de que se oculte el sol viene por mí y hacemos un recorrido a ver qué pasa– *Alex* lo dice estirándose por completo, como el gato que tiene la vieja Séfora en la tienda de la esquina.

– Cuando salga cierre la puerta, voy a ducharme.

Decide hacerlo faltándole seguridad. Jamás imaginó que la decisión fuera difícil de tomar, sabe que está de por medio su vida y que ésta se tiene que defender a como dé lugar. El otro, quien en una época fue su amigo de andadas, también tiene vida para disfrutar, sueños por realizar, emociones por sentir. El miedo lo ha llevado a sobrevivir a punta de codazos, entiende que todos los días nace y muere en cada incursión en la calle. Los dos pueden continuar viviendo sin tropezar el uno con el otro, pero el destino, o lo que sea, se empeña en enfrentarlos. *Alex* acaricia el escapulario que lleva en una de las muñecas, pide fervientemente no encontrarlo esta noche, y si lo hace, que la suerte esté de su lado.

No lo halló esa noche, tampoco la siguiente. Escudriñaron en cada hueco, en cada olla conocida, en los sitios acostumbrados, y todo fueron razones vagas... estuvo por aquí... hace cinco minutos salió... hace mucho no viene por acá...

Al final de cada recorrido Alex permanece con un ligero bienestar atrapado en la coraza de la incertidumbre.

– Se lo tragó la tierra – Darío enciende el tabaco de yerba y le inflige tres caladas cortas para luego entregarlo a Alex.

El muchacho no contesta, baja de la moto y con el pucho pegado a los labios da unos cuantos pasos mirando hacia las estrellas. Es domingo. Mal día para un velorio.

Las estrellas lo animan. Siendo niño le causaban curiosidad tantos puntitos brillantes, y preguntaba a su madre qué era aquello.

– Deseos – era la desconcertante respuesta.

La primera oleada de la yerba le inunda los sentidos, en esos momentos de incertidumbre se acuerda de ella y en especial de las recomendaciones que siempre le hace al salir.

–Ve con cuidado, no te metas en problemas.

Ella, en las observaciones, es contundente, camina con dos pasos de ventaja. Es la sabiduría de la edad. Mientras acate sus consejos las cosas marcharán bien.

Rodearon los sitios conocidos evitando en lo posible ser vistos. Tomaron pequeños descansos en espera de algún indicio, pero todo fue en vano. Como decía Darío, no había señales del hombre.

–Vamos a la Plaza de la Revolución – dijo entonces

Alex, impaciente.

La moto rugió. Devoró la distancia. Cerca de la Plaza de la Revolución oyeron varias detonaciones, aminoraron la marcha. Los dos pares de ojos no pierden movimiento. Alex pasa la pistola de la pretina a uno de los bolsillos de la chaqueta mientras observa atentamente cómo en una de las esquinas de la Plaza se forma rápido un círculo de curiosos. Los dos amigos se miran. Sigilosos se aproximan al tumulto. Alex pone pie en tierra con las manos embutidas en los bolsillos de la chaqueta. La sangre se agolpa en las sienes. Rebasa el primer círculo de curiosos.

– Pobre hombre, le dieron plomo – sentencia una voz entre los curiosos.

No necesitó ver el rostro, el charco que ya formaba la sangre lo detuvo y pudo apreciar los zapatos del muerto. Reconoció el calzado. Giró inmediatamente precipitándose hacia Darío. Sin decir palabra montó en la moto.

– ¿Quién es? – preguntó Darío.

– Es el vaquero que buscábamos.

– ¡Paisano, se adelantaron!

– No, simplemente hoy es mi día de suerte.

Capítulo 7 Miércoles, desperté temprano. Luego sobrevino lo peor, me hundí en un segundo sueño que resultó ser una pesadilla. El lugar tenía la extraña vaguedad de ser conocido, idea que me entusiasmaba. Pero al tiempo sentía la angustiosa percepción de que nadie allí estaba dispuesto a permitirme un minuto de estadía. Lo curioso era que iba vestido de torero.

Capítulo 8 Jueves, frío. Brujos y brujitas recorren las calles con la intención de acaparar un caramelo, a temprana edad les enseñamos a no ser. El disfraz los niega, corren, saltan, lloran, sin darse cuenta que tras de sus pasos están los verdaderos monstruos. Cae la noche.

Capítulo 9Viernes, día de la santa muerte. La calala ríe todo el tiempo pues para ella siempre hay trabajo, no le importa el reajuste al salario mínimo debido a que su cuota está asegurada. Celebremos la vida y la muerte, es lo justo.

Capítulo 10 En los diciembre me aburro, me fastidian, no resuelven nada. Todo lo contrario, lo complican las compras, regalos que nadie aprecia así diga que la intención es la que vale. Todos deseamos al destapar el regalo encontrar lo que hace meses deseamos. Motivo suficiente para no desearlo. Por encima de todo es un mes en donde el amor es una fábula. Todos dicen representarlo pero son malos actores es una lastima que la navidad sea como esa película que has visto cada año y no dejas de preguntarte el motivo.

Capítulo 11 Aurelio Parra aprovechó las oportunidades que la vida le ofreció. Tenía una familia con la mujer que eligió para ser la madre de sus tres hijos. A su lado, logró forjar su prestigiosa carrera de abogado. David, el mayor de los hijos, era un exitoso cirujano plástico que tenía tres pequeños que eran los consentidos del abuelo. Nathalia, la niña de la familia, era curadora y crítica de arte, desempeñaba un cargo importante en el ministerio de cultura y pronto se casaría con un joven corredor de bolsa. Y tenemos a Andrés, la preocupación de don Aurelio. En tres oportunidades inicio estudios universitarios sin terminar ninguna de las carreras decisión que defendía con firmes argumentos. Tenía 27 años cuando decidió viajar a Europa de donde casi nunca llamaba a sus padres, y pasado un tiempo, ni siquiera las esporádicas llamadas se repitieron. Desde entonces, diez años han pasado.

Don Aurelio pasea caviloso en el jardín. A sus 77 años tiene la certeza de que la vida le ha dado licencia para ver a su hijo Andrés antes que la muerte se le presente, conserva la esperanza de tener noticias de Andrés, o abrazarlo, antes de terminar el último día del año.

Otra situación que le resultaba insoportable había sido la actitud Maga, su esposa, al dejar en manos de Dios todo lo concerniente a Andrés para tal fin recibió los viernes en la tarde a un grupo de oración que ante los ojos de don Aurelio eran todos unos esquilmadores de fe. Pero ante el férreo carácter de Maga se estrellaron todas las sanas advertencias de su esposo motivo que lo distanció de ella y de Dios. Desde luego que en las reuniones de fin de año establecidas desde hace tiempo en la quinta de los Parra las querellas quedaba a un lado, la armonía desfilaba por cada rincón de la quinta.

En la última tarde del año don Aurelio Parra oyendo los consejos de su corazón decidió hacer una tregua con Dios y marchó a las seis menos quince a la iglesia del barrio; un poco intrigado pero complacido el sacerdote lo recibió como lo hacía con todos sus fieles, al pie del atrio. Por un momento don Aurelio buscó el espacio en donde siempre se había sentado pero terminó haciéndolo en otro distinto cuando el sacerdote inició la eucaristía. En todo momento tuvo presente a Andrés en sus plegarias. Antes de marchar depositó su ayuda en la alcancía y evitó en todo momento encontrarse con el sacerdote.

La noche llegó cargada de alboroto. Don Aurelio se instaló en la mesa puesta en el jardín seguía con la mirada a los niños que correteaban entre los invitados, las mujeres pasaban a su lado y dejaban caer una suave caricia en la cabeza de don Aurelio. Él levantaba la mirada resignado y confirmó una vez más que entre las miserias del hombre la más degradante era que lo acariciaran de esa manera.

Las horas se sucedían unas a otras. Sin poder evitar la ansiedad que lo embargaba se puso de pie, camino sin tener un norte establecido. Se detuvo en la biblioteca con el ánimo de escabullirse de la fiesta. En ese momento no pudo evitar los cuestionamientos. ¿En qué había fallado? ¿Por qué no había tenido mano dura con Andrés? Una cosa era cierta, las diferencias entre David y Andrés eran enormes. Mientras el primero era comedido y disciplinado el segundo rompía las reglas con facilidad y ante el castigo se mostraba siempre duro. En el fondo de su corazón don Aurelio tenía la respuesta: tenía el carácter ingobernable de los Parra. En ese momento Nathalia entró en la biblioteca.

—Papá, las uvas.

Sin prisa se reunió con la familia. Todos esperaban alegres la llegada de las doce. Su hija le entregó las doce uvas. Él se hizo a un lado sin perder de vista la puerta principal, un último aleteo de esperanza se agolpa en su pecho mientras pasaba las uvas una a una de una mano a otra, hasta que el júbilo estalló. Espero el momento de los abrazos, besos y buenos augurios. Entonces se retiró silencioso a su alcoba con la certeza de no vivir otro fin de año.